

Artículo

# Cómo generar desde la pedagogía una educación al servicio de la vida

Eduardo García\*

## Resumen

El autor presenta una panorámica sobre las tendencias de la cultura moderna y su incidencia sobre el quehacer pedagógico. Argumenta sobre la necesidad de reorientar la pedagogía hacia una clara opción por la defensa de la vida y ofrece tres propuestas concretas a través de las cuales la pedagogía puede cimentarse como tal. La primera es denominada la Solidaridad como Pedagogía y se desarrolla sobre los lineamientos del "Learning Service" de John Dewey. La segunda es la Educación a la Prosocialidad, y resume las ideas desarrolladas por el pedagogo Roberto Roche para el Sistema Educativo de Cataluña. Y por último, la "Pedagogía de la Reciprocidad", que pretende orientar la educación hacia un nivel donde los valores solidarios y prosociales evolucionan hacia un estado de "interdependencia triádica" o de reciprocidad creativa.

Palabras clave: pedagogía, educación, solidaridad, prosocialidad, reciprocidad

## Introducción

En la tradición judeo-cristiana la vida es el mayor bien que posee el hombre. Los pueblos que hunden las

## Abstract

The author presents an overview of the social trends of modern culture, and its influence upon the world of pedagogy. He argues about the necessity of reorienting the pedagogic focus towards a clear choice for the defense of life, and offers three concrete ways through which pedagogy can move to such direction. The first one is called "Solidarity as Pedagogy", and follows the ideas of John Dewey's and his "Learning Service". The second is Prosocially-Oriented Education, a system developed by Roberto Roche for the Ministry of Education of Catalonia, in Spain. The third and last is the "Pedagogy of Reciprocity", a view in which the solidarity and pro-social values evolve towards a stage of "triadic interdependence" or creative reciprocity.

Keywords: pedagogy, education, solidarity, prosociality, reciprocity

raíces de su historia en este pensamiento han alcanzado, a lo largo de los siglos, aunque no sin altibajos y tribulaciones, un concepto

\* Licenciado en Lenguas Europeas, Profesorado en Ciencias Sociales y Religiosas, Master en Pedagogía.

del valor altísimo de la vida que difícilmente puede ser equiparado por otras tradiciones culturales, filosóficas o religiosas de nuestro planeta. El énfasis en la libertad y la dignidad de la persona humana del que disfrutamos en el occidente contemporáneo, es principalmente un fruto del cristianismo, a lo largo de veinte siglos de ser aprendido, meditado, practicado y "digerido" por los pueblos y culturas de este costado del mundo.

Sin embargo, bien sabemos que al irumpir la ilustración y el siglo de las luces, este hilo conductor de la historia que tiene su causa primordial en Dios, se fragmenta, y la razón adquiere el sitio preferencial. De esta manera, en poco tiempo a la religión le surgen competidores en su función social primordial, que es aquella de proporcionar sentido último a las acciones del hombre. Según dirá Hegel (Mardones, 1991), "ya no hay que mirar a la religión para percibir los hilos estructuradores de la sociedad sino al "sistema de necesidades". La visión tradicional del mundo como una unidad cósmica armoniosa e integrada salta en pedazos, y subentra una visión descentrada y compartimentalizada, con subsistemas que tienen su lógica propia y una amplia pluralidad de valores.

En los albores de la sociedad industrial la economía se constituye en la reina de las ciencias, desplazando a la religión y la teología hacia la periferia, y el centro de la producción de

significados para la colectividad deja de estar monopolizado por la religión cristiana, apareciendo en su lugar otras visiones y concepciones de la realidad y de la vida en su sentido último. Acto seguido, el acelerado proceso de tecnologización del mundo y de la vida no hizo sino acelerar el deterioro de la creencia cristiana en unos valores ético-morales absolutos y trascendentes por originarse en el Ser del Dios Creador, y por lo tanto, superiores e independientes del volátil raciocinio humano. El siglo XX, que se abre con la promesa de un creciente desarrollo social y una expansiva onda de bienestar material, en breve dejará ver su lado oscuro. Las sorprendentes máquinas e inventos nacidos del ingenio del hombre pronto muestran su devastadora capacidad de destrucción, y las dos grandes guerras dejan un planeta desgarrado, aturdido, desorientado.

Su reconstrucción pone más que nunca en evidencia el rol preponderante que jugarán las ciencias exactas y los oficios liberales como la economía, la ingeniería y la medicina en la estructuración de la sociedad moderna; mientras teología, sociología o filosofía pasan al rol de ciencias auxiliares que no siempre gozarán de mucho prestigio. Poco a poco el valor absoluto de la vida típico de la sociedad de matriz cristiana empieza a desdibujarse, y en las últimas décadas, con el advenimiento de la llamada "postmodernidad", la vida pasa a ser un elemento más de valor relativo, como relativos son todos

los valores que a duras penas intentan sobreaguar en el panorama postmoderno. Como bien ha expresado Benedicto XVI (2004), la "cultura moderna nos ha impuesto vivir en medio de una dictadura del relativismo". Y en el peor de los escenarios, hoy podemos constatar que la vida tiende a convertirse cada vez más en un elemento de producción controlada, manipulable, comercializable, consumible; y en fin de cuentas, desechable.

Sin embargo, a pesar de encontrarse remando contra una fuerte corriente secularizadora y relativizadora, la visión de la vida como el mayor bien del que dispone el hombre en virtud de su filiación divina, que sigue siendo inherente a la visión cristiana del mundo, no debería desaparecer en un "funeral de tercera". El deber de todos aquéllos que, bajo una inspiración de orden trascendente, nos movemos en el ámbito pedagógico, educativo y formador de las nuevas generaciones es el de recuperar y proponer una vez y otra el valor altísimo de la vida, y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para relanzar este principio basilar para la supervivencia y la convivencia amoniosa de la familia humana.

Hecha esta premisa, se puede entrar en la materia específica afirmando en forma rotunda que la pedagogía y las ciencias de la educación tienen una posición privilegiada a la hora de enseñar e incentivar en todos los actores de la comunidad educativa

una cultura que defienda, estimule y reinvente una vez y otra un amor incondicional por la vida. Que reconozca su valor inalienable. Que la promueva y la proteja desde el momento mismo de su concepción. Que la custodie, la alimente y la valore en sus fases más frágiles como son la primera infancia y la niñez temprana, que la guíe, la conija y la instruya en su fase escolar y juvenil, y en fin, que la preserve y le brinde oportunidades de realización al abrirse a la plenitud de su manifestación adulta.

Ahora bien. ¿Desde qué ángulos la pedagogía se puede situar para ofrecer propuestas concretas que permitan a los operadores del mundo educativo concebir e instaurar una cultura de amor y defensa de la vida? Personalmente creemos que son amplios y variados; sin embargo, concentraremos la atención en ofrecer tres pistas, o en demarcar tres senderos desde los cuales proyectar y difundir una cultura de respeto y de servicio a la vida.

### La solidaridad como pedagogía

Uno de los más negativos frutos del progreso material y de la sociedad del consumo que éste generó ha sido el crecimiento paralelo de un individualismo exacerbado. A medida que las sociedades se toman más cultas y más ricas, también el hombre parece asociar la idea de libertad con una idea de privacidad a toda prueba, que termina por cortar los lazos de interdependencia social y

de pertenencia comunitaria. Es así como nacen las raíces del segregacionismo y el darwinismo social, del hedonismo niquilista y de la insolidaridad generalizada. Si quisiéramos ser pesimistas, este es el mejor momento para serlo. Sin embargo, precisamente por lo grave de la situación, y llamados como estamos, a dar un testimonio de fe y confianza en el hombre, la pregunta pertinente es ¿Qué mejor momento que éste para el urgente relanzamiento de una Pedagogía de la Solidaridad?

La Pedagogía de la Solidaridad es un concepto ligado al surgimiento del "Service-learning" en los albores del siglo XX. María Nieves Tapia (2001), una de las mayores especialistas argentinas en el tema de la Educación a la Solidaridad la describe como una metodología, o bien una filosofía educativa que pone de relieve las actividades escolares solidarias al servicio de la comunidad, y desarrolla su potencial educativo conectándolas con el aprendizaje formal y el programa curricular.

Sus orígenes se remontan a la experiencia de John Dewey, quien privilegiaba una visión del "aprendizaje a través de la experiencia". Con su afirmación de que el servicio comunitario era "el equivalente moral de la guerra", Dewey sembró la semilla de lo que luego se convertiría en la "objeción de conciencia" al servicio militar, y propició el nacimiento de muchas formas de servicio civil que se fueron configurando en las décadas

posteriores, y que fueron dando estructura y direccionalidad al servicio comunitario estudiantil.

El "Programa de Trabajo Comunal" de la Universidad de Costa Rica desarrolla el concepto de aprendizaje-servicio, y lo presenta como (Tapia, 2001 p.23):

*"la obligatoriedad de todo estudiante, para graduarse, de ofrecer un número determinado de horas de trabajo en servicio a la comunidad, para contribuir con la solución de problemas y necesidades concretas. Es una actividad académica que cumple a la vez con objetivos de servicio a la sociedad, y de formación en los estudiantes de valores y actitudes de responsabilidad, solidaridad y liderazgo social".*

Ilustremos mejor este concepto a través de una experiencia concreta. Situémonos imaginariamente en la pequeña población de Ramona, en la Provincia de Santa Fe, en el centro-norte de Argentina. En la única Institución de educación media del pueblo, la profesora de Biología les propone a los alumnos de Ciencias de segundo año profundizar un tema súper-común. El agua potable. ¿Por qué en Ramona no hay agua corriente? Vayamos a preguntar a las autoridades. Luego de visitar la Comisión de Fomento se enteran que el proyecto de acueducto duerme el sueño burocrático desde hace una década. Los muchachos recogen una muestra de agua y la llevan a la

escuela para analizarla. Descubren que el agua que todos creen pura y natural contiene arsénico suficiente como para una novela de suspenso. Hasta allí, todo podría haber concluido con la redacción de una buena monografía y una excelente nota para el Club de Ciencias. Sin embargo, motivados por su profesora, los chicos se apropiaron del tema y quisieron llevarlo hasta el fondo. Pidieron ayuda a los alumnos de informática y tabularon los resultados de su investigación. Luego con el apoyo de los de Ciencias Sociales y Matemáticas elaboraron una encuesta preguntándole a los vecinos qué sabían del agua. La mayoría respondió que pensaban que era potable. Ante la evidencia de que el primer problema era la falta de información, los chicos, apoyados en la profesora de Lengua redactaron un informe y se presentaron ante el canal de televisión por cable local.

Después de su aparición en televisión volvieron a encuestar al pueblo. Ahora eran más los que opinaban que el agua no era buena. Con estos datos y armados de cámara y libretas se fueron a entrevistar al Alcalde y a preguntarle qué pensaba hacer al respecto. Para resumir la historia e ir al final, cuando los alumnos del Club de Ciencias llegaron al quinto año, no sólo habían ganado varios premios en Ferias de Ciencia y concursos escolares, sino que habían obtenido del gobierno la instalación de una planta purificadora de agua, la municipalidad ya estaba adelantando el tendido de la red de acueducto, y

el hospital local, asociado con una universidad nacional había iniciado un programa para prevenir los efectos del arsénico en la población.

Como podemos ver, el ejemplo nos muestra una combinación afortunada y eficaz del concepto de Solidaridad como Pedagogía. Los chicos no sólo obtuvieron un beneficio concreto para su comunidad y fortalecieron su sentido de pertenencia, sino que además obtuvieron un aventajado conocimiento práctico en los contenidos de su programa académico, y sin hablar de las condiciones y dotes de liderazgo que se vieron forzados a desarrollar y ejercitar en la interacción con los actores a lo largo de todo el proceso. Vemos cómo, siendo solidaria con la comunidad, su escuela no sólo se convirtió en un elemento de progreso para los vecinos, sino también en una mejor escuela para sus alumnos.

La experiencia del aprendizaje-servicio pronto se propagó por América Latina, y hoy la mayoría de los programas ministeriales incluye la obligatoriedad de las horas de servicio. Sin embargo, privadas de su más profundo espíritu solidario, a menudo este objetivo adquiere la negatividad de las normas obligatorias, y termina vaciado de su componente profundamente vinculante, renovador y humanizante, elementos estos indispensables para que la idea de aprendizaje-servicio pueda ser traducida a la más descriptiva e integradora idea de "Pedagogía de la Solidaridad".

## La Educación para la Prosocialidad

La segunda pista que nos proponemos ofrecer es la propuesta de una "Educación para la Prosocialidad." En su acepción básica, los comportamientos prosociales se pueden definir como "aquellas acciones tendientes a beneficiar otras personas, grupos o metas sociales sin que exista la previsión de una recompensa exterior".

Para Robert Roche (1998, p.16), quien ha trabajado e implementado programas para el desarrollo de la prosocialidad en el sistema educativo de Barcelona y la Comunidad Autónoma de Cataluña, el concepto tiene un alcance más amplio, al describirlo como:

*"aquellos comportamientos que, sin la búsqueda de recompensas externas, favorecen a otras personas, grupos o metas sociales y aumentan la probabilidad general de una reciprocidad positiva, de calidad y solidaridad en las relaciones interpersonales o sociales consecuentes, salvaguardando la identidad, creatividad e iniciativa de las personas o grupos implicados".*

Este especialista en el tema afirma que toda persona tiene una capacidad para la prosocialidad y la pone en práctica en muchas ocasiones. Y aunque aquí no tenemos espacio para entrar en el terreno de las motivaciones, sí podemos afirmar que la experiencia educativa orientada

hacia los comportamientos prosociales ha sido considerada como uno de los caminos con más potencial tanto para cuidar la salud mental del propio individuo como para disminuir la agresividad y la violencia en nuestros ambientes educativos y mejorar sensiblemente las relaciones sociales.

El término "prosocial" lo propuso L. Wispé en Tapia (2001, p.35) para describir un comportamiento contrario al "anti-social", y lo describió como "comportamientos socialmente deseables, que a menudo requieren de un esfuerzo por parte de quien los protagoniza, en beneficio de otros, y una intención de reducir desigualdades, injusticias, sufrimientos, estructuras de violencia etc." De hecho, nació del deseo de hallar alternativas a la agresividad tanto auto-como hetero-destructiva, actitudes éstas que siempre han amenazado el respeto por la vida propia y la ajena.

Dice un refrán africano que "se necesita una pareja para crear un niño, pero se necesita una tribu para educarlo". Esa sencilla máxima es expresada en términos más conceptuales por Michele de Beni (2000) en su "antropología del don", en la cual argumenta que:

*"el ser de la persona es un ser 'relacional', es decir, que existe como relación, que es 'don-de-sí-para-otro'. Este 'ser fuera de sí', en tensión hacia el otro, encuentra su plenitud en la reciprocidad. La 'relacionalidad' intra e inter-personal es la base sobre la cual se construye*

*la solidaridad, y debe por ello estar en la raíz de todo proyecto de capacitación en prosocialidad".*

Algunos etnólogos afirman que el comportamiento prosocial es de naturaleza prevalentemente biológica, y por lo tanto será transmitido genéticamente. Estos afirman que la prosocialidad es una conquista comportamental filogenéticamente reciente, cuya adquisición en los vertebrados se ha modelado a partir de necesidades originadas en la crianza de la prole. Se ha documentado científicamente cómo es común que en sus organizaciones gregarias, algunos animales se sacrifiquen para asegurar la supervivencia de la manada, la perpetuación de su especie. Un documental moderno registra el asombroso caso de un hipopótamo que logra salvar a un pequeño antílope de las fauces de un cocodrilo, alejándolo del ambiente peligroso, y después, increíblemente, tratar de revivirlo<sup>1</sup>. Y muchos otros casos semejantes documentan una base biológica del comportamiento cooperativo en el mundo animal, lo que permite suponer una base positiva en el hombre para la estimulación de comportamientos cooperativos y altruísticos.

La teoría del aprendizaje que predominaba en los años 70 terminó de consolidar el término de comportamiento prosocial, como una evolución del concepto tradicional de altruismo, e investigadores como

Radke y Yarow (Roche, 1998) enumeran algunos términos que asocian con la conducta prosocial, entre los cuales encontramos: "Ayuda, generosidad, sacrificio, rescate, justicia, honestidad, respeto de los derechos y sentimientos de los demás, responsabilidad social, cooperación, protección, compartimento, simpatía, consuelo, cuidado, curación, preocupación por el bienestar de los demás, bondad, lucha contra la injusticia, etcétera. Roche, más recientemente, aporta elementos sobre cómo lograr, desde la pedagogía, el desarrollo de conductas empáticas y prosociales capaces de instalarse solidamente en la conducta, como hábitos alternativos a las conductas agresivas o apáticas, y como posibilidad o llave para la resolución socialmente creativa de situaciones de fricción o de conflicto.

¿Qué diferencia hay entre el concepto de educación para la prosocialidad, y aquél de pedagogía de la solidaridad propuesta anteriormente en el contexto del aprendizaje-servicio? Bien, a la base del aprendizaje-servicio se halla la idea de altruismo, de abordar tareas y realizaciones concretas a favor del otro, a través de cuya realización a la larga también el donante se ve beneficiado; ya sea por los nuevos conocimientos que adquiere o por el aumento en su grado de autoestima. Sin embargo en el concepto de prosocialidad no viene tanto en evidencia que el donante reciba

1. [www.YouTube.com](http://www.YouTube.com). "Crock vs. Hippo", 2006.

algún tipo de beneficio; en otras palabras, la prosocialidad implica una idea más generosa y transparente de la intención altruista, colocándola entre las características más deseables para el desarrollo de la personalidad.

Ejemplo de esto es el testimonio dado por un joven sobreviviente de la guerra argentina de las Islas Malvinas. Cuenta que en una ocasión se encontraba con otros 2 soldados dentro de una trinchera cuando una granada cayó dentro del foso. Sin pensarlo un instante, uno de los tres se arrojó sobre la granada, y mientras recibía en su cuerpo todo el impacto, logró con su acto salvar la vida a los otros dos. Como puede verse, aquí no se puede argumentar ni premeditación ni esperanza de beneficio para el joven que en unas fracciones de segundo ofreció la vida por sus dos amigos.

Sin embargo, aún el concepto de prosocialidad, con todo el gran valor que tiene como objeto de una pedagogía que se esmere en educar para la vida, no queda totalmente libre de una pequeña dimensión de unidireccionalidad; que pone más el acento en "hacer por el otro" que en "hacer con el otro", lo que nos impulsa a movemos un paso hacia delante, hacia la aún más amplia e incluyente perspectiva de la "pedagogía de la reciprocidad".

## La Pedagogía de la Reciprocidad

El concepto de Pedagogía de la Reciprocidad está ligado a la idea de

que todas aquellas acciones que surgen de un sincero impulso de solidaridad o de una generosa disposición a la prosocialidad, si son ofrecidas y aplicadas de manera inclusiva e incluyente, poco a poco generan un espontáneo deseo de respuesta en aquéllos que han sido beneficiados por la acción prosocial, dando origen a un impulso de reciprocidad que sana el tejido social, refuerza el sentido de pertenencia y genera una más genuina disposición a la convivencia en paz y a la armoniosa integración comunitaria.

La idea de reciprocidad busca aprovechar al máximo las aptitudes y talentos de todos los actores presentes, en la búsqueda de soluciones y respuestas a un interrogante, ya sea de carácter pedagógico o un problema cualquiera que nos atañe como grupo. Desde esta perspectiva se enfatiza que es bienvenido el aporte de todos los participantes con su mirada singular; y se acogen todos los nuevos enfoques acordes a las diversas inteligencias allí presentes. Si la inteligencia es la capacidad para elegir mejor entre opciones, cada tipo particular de inteligencia presente, ya sea emocional, relacional, cinética, o lógica-inferencial apreciará un aspecto distinto, arrojará luz sobre una faceta diferente y complementaria.

La Pedagogía de la Reciprocidad, afirma Ivem (2004, p.17), no se reduce entonces a una metodología de estudio o a una estrategia de

enseñanza, sino que es la llave de entrada al territorio más amplio de la educación.

*"..Lo educativo', es aquello que nos permite desarrollar las capacidades de convivir, de ser, y de hacer la propia parte en la tarea de todos. Es decir, que sólo en la reciprocidad se nos insta constantemente a dejar de ver a los miembros más débiles de nuestro grupo como 'beneficiarios' y a otros como los 'héroes benefactores'.*

Cuando se habla de "sujeto" es común que asociemos el término con un individuo, por lo cual siempre se ha hablado de "maestro y alumno" como los dos sujetos de la educación. Sin embargo, en esta visión pedagógica, enseñar y aprender se vuelven roles interactivos, desempeñados simultánea o alternativamente por uno y otro de los polos de la diada, y cuando llegamos a este nivel, nos acercamos a las condiciones para que nazca la reciprocidad. Es decir, para pasar de una relación "dialógica" a una relación "triádica", donde el objeto de deseo compartido, el conocimiento, y la interacción que brota en torno a él se constituyen en el tercer elemento dinámico (Ivem, 2004).

*Desde una perspectiva curricular, en esta visión la calidad de las relaciones interpersonales de todos los miembros de la comunidad escolar se convierten*

*en el "currículo oculto" que es necesario desocultar, revisar, modificar, convertir en el "contexto" de aprendizaje desde el cual es posible aprender y enseñar una experiencia alternativa a las conductas anti-sociales, y a incentivar actitudes prosociales, a abrir un espacio donde tenga sentido desarrollar la responsabilidad personal en la construcción de la convivencia, la paz, el amor y el respeto por la vida.*

Gimeno Sacristán (1992, p. 67) critica cómo la pedagogía moderna ha sido afectada por una corriente marcada por el eficientismo y el tecnicismo, que se preocupa más por actuar eficazmente y no tanto por el conocer; una pedagogía apoyada en las exigencias de la sociedad industrial, donde el acento se coloca en precisar objetivos y controlar resultados.

*"La cultura hay que entenderla más en términos antropológicos que en términos académicos" afirma. Por términos académicos entendemos "conocimientos y destrezas del ámbito científico especializado". Mientras en términos antropológicos, la cultura comprende mucho más, es la conjunción de significados, convenciones, creencias, comportamientos, usos y formas de relacionarse en los grupos humanos", y en las aulas "hay algo más que comunicación de*

*conocimientos de "alta cultura"; allí se desarrolla todo un proceso de socialización de los alumnos y los contenidos del currículum real son precisamente los instrumentos de esa socialización".*

Levy (Ivem, 2004 p.39) por su parte, habla del "currículum implícito", según el cual vivimos dentro de una comunidad desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, y allí aprendemos todo el tiempo cosas buenas y malas, y asimilamos la "lógica" que justifica, naturaliza y oculta los vínculos interpersonales negativos: el desprecio, la exclusión, la agresividad, la inequidad, el desgano insoportable entre ricos y pobres... Nosotros sin embargo, estamos llamados a visibilizar en todo momento los gestos de solidaridad, los avances de quienes logran desmentir ese destino fatal que reinstituye permanentemente el fracaso educativo y social, y consiguen en cambio producir nuevo sentido para la vida de sí mismos y la de los demás. Victor Frankl (1998, p.11), decía en sus memorias: "he encontrado el sentido de mi vida en ayudar a los demás a encontrar sentido en la de ellos".

La Pedagogía de la Reciprocidad tiene como uno de sus objetivos el lograr desocultar aquellos elementos que desde la educación y la academia reinstituyen y perpetúan la cultura del individualismo, que De Beni llama "esa trágica enfermedad social, que nos horroriza con toda la gama de síntomas que la caracterizan"; y trata

de demostrar que a menudo, incluso desde la pedagogía, actualmente nos movemos según la lógica de una cultura de la exclusión.

La sociedad actual ha llevado a sustituir la natural e irrenunciable necesidad comunitaria del hombre, por una especie de primacía del individuo por sobre la comunidad, del estar bien consigo mismo por sobre el estar bien juntos... pero, cada vez que aceptamos máximas como "felicidad es igual a libertad individual", "cuanto menos dependamos de los demás, más libres y felices seremos", yo me pregunto si no estamos manifestando un implícito rechazo a nuestro hermano el hombre, y en definitiva, expresando un mal disimulado desprecio por la vida.

En su "ética de la medianoche", Martin Luther King critica a una cultura en la cual ya nadie quiere dejarse tocar por los problemas o las necesidades de su hermano. En el relato bíblico Dios le pregunta a Caín: ¿Dónde está tu hermano? y Caín, quien acaba de matar a Abel, le responde: "No lo sé" Pero, rebate el Dr. King, "quien no sabe dónde está su hermano se halla él mismo perdido" (King, 1998, p.110). El gran salto que nuestra cultura está llamada a dar está en el "saber" responder a esta pregunta, en tener el coraje de convertirnos cada uno de nosotros en centinelas de nuestros hermanos y ellos de nosotros. Sólo recuperando este "ser-en-relación" lograremos aquella conversión, o aquel converger en una cultura del "tu" y del

"nosotros", cuya extraordinaria dinámica es la reciprocidad.

El ensayista y poeta italiano Luciano de Crescenzo decía que "somos ángeles con una sola ala, y necesitamos abrazarnos a otro para poder volar". La reciprocidad implica este vínculo positivo con el otro, donde no tratamos de inventarlo o mejorarlo, y mucho menos de instrumentalizarlo, sino que nos encontramos con él, lo reconocemos como "otro", y en este mutuo reconocimiento de la diversidad descubrimos una luz intensa que nos alumbra y nos hace descubrir una propia y desconocida plenitud. Si partimos de la base de que cada ser humano tiene una capacidad de amar y de responder al amor del otro; así, descubrir la riqueza de la reciprocidad será como volver al "útero de lo humano", a nuestra verdadera casa paterna; terrena y al mismo tiempo celeste. "Nadie libera a nadie, ni nadie se libera solo. Los hombres sólo se liberan en comunión", afirma enfáticamente Paulo Freire (1970, p.18).

Como se ve, este enfoque pedagógico trata de dar un gran salto entre la solidaridad asistencialista, y la reciprocidad dinámica. Por siglos hemos asistido a innumerables gestos de "caridad" como si se tratase de la mayor expresión de la generosidad humana. Pero estos actos no han contribuido a sanear la inequidad del sistema, y con frecuencia solo han ayudado a perpetuar la desigualdad y la pobreza. En palabras de Ivem,

"no han constituido un verdadero avance hacia la solidaridad sino una estrategia para contener la ira de los despojados". Freire (1970, p.20) insiste en que:

*"el opresor sólo se solidariza con los oprimidos cuando su gesto deja de ser un gesto ingenuo y sentimental de carácter individual, y pasa a ser un acto de amor hacia aquellos... Sólo en la plenitud de este acto de amar, en su dar vida, en su praxis, se constituye la solidaridad verdadera".*

En esta concepción inclusiva de la pedagogía ya no es una obligación del maestro dominar todas las inteligencias posibles, sino reconocerlas en cada educando, valorar los aportes diferentes de cada uno, festejar cada aporte, e incluso incentivar esas diferentes riquezas y su integración en el proyecto compartido. No debe saberlo todo; debe saber reconocer, e integrar a todos, No debe dominar desde el monopolio de la información, sino incentivar el proceso de producción divergente de sentidos, de riquezas subjetivas, de procesos de recíproco reconocimiento, para ir "hacia la construcción grupal del entusiasmo", de la esperanza por un mejor mañana. Esto quizás se acerca más a un ideal de educar para la convivencia, para la paz, para la vida.

La atmósfera actual de fiera competencia en la economía entre

las naciones, de reñida confrontación por obtener los empleos disponibles al interior de las sociedades, y de constante presión de los medios para diferenciar entre "exitosos" y "perdedores", tiende a provocar recurrentes tensiones entre los poseedores y los desposeídos. Tensiones que fracturan la sociedad y resucitan a menudo enterradas rivalidades históricas. En el informe a la UNESCO de la Comisión Internacional para la Educación del Siglo XXI se urge a educar para la paz a través del "descubrimiento del otro":

*"La educación tiene una doble misión: enseñar la diversidad de la especie humana y contribuir a la toma de conciencia de las semejanzas y la interdependencia entre todos los seres humanos. ...el conocimiento del otro pasa forzosamente por el conocimiento de uno mismo; ...para desarrollar en el niño y el adolescente una visión cabal del mundo, la educación debe hacerle descubrir quién es. Sólo entonces podrá ponerse realmente en el lugar de los demás y comprender sus reacciones. El fomento de esta actitud de empatía en la escuela será fecundo para los comportamientos sociales a lo largo de toda la vida".*

## Conclusión

Al aproximar la conclusión de esta breve reflexión, reconocemos que para más de uno puede sonar a un empeño inalcanzable, o a un sueño

imposible el deseo de instalar la prosocialidad, la solidaridad y la reciprocidad en el corazón mismo del quehacer pedagógico debido al evidente deterioro en la calidad de la educación. Hechos como el abandono y la deserción escolar; la superpoblación en las aulas, el estrés de muchos profesores sometidos a la fatiga del multi-empleo o a servir en instituciones donde el interés comercial prima vistosamente sobre todo compromiso auténticamente formativo; todos estos sumados a la burocratización de nuestros sistemas educativos nacionales, la ineptitud de numerosos funcionarios públicos y la comupta voracidad de tantos políticos que fagocita gran parte de nuestros limitados recursos; nos pueden hacer pensar que nos hallamos ante una batalla de titanes, ante una tarea irrealizable.

Sin embargo, quienes ya han vivido y siguen reproponiendo esta experiencia aseguran que para dar origen a la reciprocidad bastan dos que generen el primer núcleo. Dice una vieja máxima que "un largo camino comienza por un primer paso"...y otra dice que "todo gran incendio empieza por una pequeña chispa". Pero para que esta chispa se propague es imprescindible que cada uno adquiera conciencia del valor de su propio rol en la tarea. Si cada uno de nosotros asume su responsabilidad desde su propia esquina particular, tendremos muchas más probabilidades de éxito juntos.

Cuenta una fabula que el bosque ardía en llamas y todos los animales huían despavoridos, mientras un pequeño chupaflor volaba al río, traía una gotita de agua en su pico y la dejaba caer. En cada fatigoso viaje alguno de los aterrados fugitivos le preguntaba, -¿Pero estás loco? ¿Crees que vas a apagar el incendio? Y el respondía, "Seguramente no, pero hago mi parte."

El oficio pedagógico parecería tornarse cada vez más difícil, desafiante, fatigoso y a veces, incluso improductivo. Sin embargo quienes lo vivimos con esperanza fuerte y con entusiasmo positivo, gozamos en esta profesión, como quizá en ningún otra, la fortuna de contemplar y participar de cerca en el milagro de la vida nueva; nos alimentamos y nos reconstruimos un día tras otro de "ese misterioso rayo de luz que brilla sobre cada niño", de esa mezcla de desconcierto y maravilla que matiza el rostro de cada estudiante. Y si a esta auténtica vocación por servir a la vida en su etapa más temprana, sumamos la fe de que no estamos solos en este empeño, sino que alguien desde lo alto vigila nuestros esfuerzos y comparte nuestras fatigas, entonces podemos abrigar la sólida esperanza de que la educación en general y la pedagogía en particular un día recuperarán su rol, no sólo como eficaces socializadores de los nuevos miembros de nuestra tribu humana y salvadoreña, sino también como auténticos regeneradores y vertebradores del tejido social.

Concluimos aquí, preguntándonos con Michele De Beni, si no es acaso dando vida a una verdadera comunidad de aprendizaje y de servicio, de altruismo y solidaridad, de inclusión y reciprocidad, como encontraremos juntos el sentido de una nueva humanidad, el significado más sublime para nuestra existencia y la de los otros.

#### Bibliografía

- Benedicto XVI. *La Risposta al Relativismo*. Zenit.org, Roma, Mayo 28, 2004.
- De Beni, Michele, (2000). *Prosocialità e Altruismo, Guida all'Educazione Socio-afettiva*. Trento: Ed. Erickson.
- Delors, Jacques. (1996). *La Educación Encierra un Tesoro*. Madrid: Ed. Unesco-Santillana.
- Frankl, Victor. (1998). "La Vita Come Compito". Milan: Ed. Ares.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Ed. Tierra Nueva.
- Gimeno Sacristán, José. (1992). *La Evaluación en la Enseñanza*. Barcelona: Ed. Morata.
- Ivem, Alberto. (2004). *Hacia una Pedagogía de la Reciprocidad*. Buenos Aires: Ed. Ciudad Nueva.

Luther KING JR., Martin. (1998).  
Redescoving Lost Values. New  
York: Ed. Warner Books.

Mardones, J. M. (1998).  
*Postmodernidad y Cristianismo*.  
Santander: Ed. Sal Terrae.

Roche, Robert. (1998). Psicología y  
Educación para la  
Prosocialidad. Madrid: Ed.  
Ciudad Nueva

Tapia, María Nieves. (2001). La  
*Solidaridad como Pedagogía*.  
Buenos Aires: Ed. Ciudad Nueva.